

MAURICE MERLEAU-PONTY

S I G N O S



**BIBLIOTECA
DEL CONVENTO DE LA TORRE VILLANA**



**CIENCIAS HUMANAS
BIBLIOTECA BREVE**

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A. - BARCELONA, 1964

Título de la edición original:

SIGNES

Librairie Gallimard, Paris, 1960

Traducción de Caridad Martínez y Gabriel Oliver

24/30

378

5318

© de la edición original: Librairie Gallimard, Paris, 1960

© de los derechos en lengua castellana y de la traducción española:

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A. - BARCELONA, 1964

Primera edición. (Primer a tercer millar), 1964

Depósito Legal B. 17.667 - 1964 - Núm. de Registro 4.030 - 61

Printed in Spain - Impreso en España

I. G. SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. - Provenza, 219 - BARCELONA

IX.

Lectura de Montaigne⁽¹⁾

(1) Todas las citas de Montaigne están tomadas del libro III de los *Ensayos*.

“Je m'engage difficilement.”

(*Essais*, III, x)

“Il faut vivre entre les vivants.”

(*Essais*, III, viii)

Se cree que se ha dicho todo sobre él diciendo que es esceptico, es decir, que pregunta y no contesta, rehusando incluso confesar que no sabe nada, y manteniéndose firme en el famoso “*que sais-je?*”. Todo esto no va muy lejos. El escepticismo tiene dos caras. Significa que nada es verdadero, pero también que nada es falso. Rechaza por absurdas *todas* las opiniones y *todas* las conductas, pero por esto mismo nos quita el medio de rechazar cualquiera de ellas por falsa. Al destruir la verdad dogmática, parcial o abstracta, insinúa la idea de una verdad total, con todas las facetas y todas las mediaciones necesarias. Si multiplica los contrastes y las contradicciones es porque la verdad lo exige. Montaigne empieza por enseñar que toda la verdad se contradice y quizás acaba por reconocer que la contradicción es verdad. *Me contradigo al azar, pero, como decía Demades, no contradigo la verdad.* La primera y la más fundamental de las contradicciones es aquella por la cual la negación de cada verdad descubre una nueva especie de verdad. Lo encontraremos todo en Montaigne, una duda asentada sobre sí misma y que no tiene fin, la religión, el estoicismo. Sería vano pretender que excluyera o hiciera *suya* alguna de estas “posiciones”. Pero quizás encuentra finalmente en este *yo* ambiguo, ofrecido a todo, y que nunca dejó de explorar, el lugar de todas las obscuridades, el misterio de todos los misterios, y algo así como una verdad última.

La conciencia de sí es su constante, la medida de todas las doctrinas. Se podría decir que nunca salió de un cierto asombro de sí mismo que constituye toda la substancia de

su obra y de su sabiduría. Nunca se cansó de sentir la paradoja de un *ser consciente*. A cada momento, en el amor, en la vida política, en la vida silenciosa de la percepción, nos adherimos a algo, lo hacemos nuestro, y sin embargo nos apartamos de él y lo mantenemos a distancia, porque sin eso no sabríamos nada de él. Descartes superará la paradoja y hará de la conciencia espíritu: "No es el ojo el que se ve a sí mismo..., si no el espíritu, que es el único que conoce ... el ojo y a sí mismo" (2). La conciencia de Montaigne no es de entrada espíritu, está ligada al mismo tiempo que es libre, y, en un solo acto ambiguo, se abre a objetos exteriores, y se siente extraña a ellos. No conoce este lugar de reposo, esta posesión de sí mismo que será el entendimiento cartesiano. El mundo no es para él un sistema de objetos del que por su parte tiene idea, el yo no es para él la pureza de una conciencia intelectual. Para él — como más tarde para Pascal —, nosotros estamos interesados en un mundo del que no tenemos la llave, incapaces igualmente de permanecer en nosotros mismos y en las cosas, remitidos de nosotros a ellas y de ellas a nosotros. Hay que corregir el oráculo de Delfos. Bien está el hacernos entrar en nosotros mismos. Pero nos escapamos a nosotros mismos de la misma manera que se nos escapan las cosas. *Siempre hay vanidad por tu parte, dentro y fuera, pero menos vanidad hay cuanto menos se extiende. Salvo tú, oh hombre, cada cosa se estudia primero, decía aquel Dios, y tiene, según sus necesidades, límites para sus trabajos y deseos. No existe otra tan vacía y necesitada como tú, que abarcas el universo; tú eres el escrutador sin conocimiento, el magistrado sin jurisdicción, y, después de todo el bufón de la farsa.* Frente al mundo de los objetos e incluso de los animales que reposan en su naturaleza, la conciencia está vacía y ávida: es conciencia de todas las cosas porque no es nada, se agarra a todas y no le importa ninguna. Comprometidas a pesar de todo en este flujo que pretenden ignorar, nuestras ideas claras corren el peligro de ser, más que la verdad nuestra, máscaras debajo de las cuales ocultamos nuestro ser. El conocimiento de sí mismo en Montaigne es diálogo consigo mismo, es una interrogación dirigida a este ser opaco que es él y del que espera respuesta, es como un "ensayo" (3) o una "experiencia" de sí mismo. Se propone una investigación sin la cual la pureza de la razón sería ilusoria y además impura.

(2) LÉON BRUNSCHWIG: *Descartes et Pascal lecteurs de Montaigne*.

(3) "Si mi alma pudiera tomar pie, yo no me probaría, me resolvería; ella siempre está aprendiendo y probando." (III, II.)

Nos asombramos de que nos haya querido contar incluso los detalles de su humor y de su temperamento. Y es que para él toda doctrina, separada de lo que hacemos, corre el peligro de ser falaz, e imaginó un libro en el que por una vez se encontraran expresadas no solamente ideas, sino también la vida misma en la que ellas aparecen y que modifica su sentimiento.

Descubre pues, debajo de la idea clara y del pensamiento, una espontaneidad que abunda en opiniones, en sentimientos, en actos injustificables. *Misón, uno de los siete sabios..., respondió, al preguntársele de qué se reía estando solo: "Me río de que me río estando solo". Cuantas tonterías digo y contesto cada día según me juzgo yo mismo; muchas más tengo que reconocerme según me juzgan los demás.* Hay una locura esencial de la conciencia, que es su poder de convertirse en lo que sea, de hacerse a sí misma. Para reír estando solo, no es necesaria ninguna causa exterior, basta con pensar que uno puede reír solo y formar grupo para sí mismo, basta con ser doble y ser conciencia. *Lo que se señala como cosa rara en el rey de Macedonia Perseo, que su espíritu, no ligándose a ninguna condición, iba errando por todo género de vida y representando costumbres tan oreadas y vagabundas que no era conocido ni de él ni de otro hombre cualquiera, me parece que conviene casi a todo el mundo. — Siempre pensamos en otra parte, y no puede ser de otra forma: ser consciente es entre otras cosas estar en otro lado.*

Los mismos poderes que se encuentran en el animal y que se relacionan con el cuerpo se transforman y desfiguran en el hombre porque se les toma en el movimiento de una conciencia. Vemos perros que ladran soñando; es porque poseen imágenes. Pero el hombre no tiene solamente algunas imágenes pintadas en su cerebro. Puede vivir en lo imaginario. Es un espectáculo asombroso el de los comediantes *tan profundamente identificados con un papel de duelo que siguen llorando una vez en casa,* o el de un hombre solo que forja a su alrededor una masa, hace muecas, se asombra, ríe, combate y triunfa en este mundo invisible, o aquel príncipe que hace matar a su hermano por causa de un mal sueño, o aquel otro que se mata porque sus perros han aullado. Considerando sólo el cuerpo, el sexo no debería dar más que un placer preciso, comparable al de las otras funciones. Pero *En la mayor parte del mundo, esta parte de nuestro cuerpo era deificada. En una misma región, unos se la descuartizaban para ofrecer y consagrar un trozo de ella, otros ofrecían*

y consagraban su semen. En otra parte, los jóvenes se la atravesaban públicamente y abrían en diversos lugares entre carne y piel, y se colocaban en estas heridas varillas, lo más largas y gruesas que podían; y a estas varillas prendían fuego después como ofrenda a sus dioses, y se les estimaba poco vigorosos y poco castos si desmayaban por la fuerza de un dolor tan cruel. Así la vida sale fuera de sí misma, el placer extremo se parece al dolor (4). La Naturaleza misma, temo yo, pone en el hombre algún instinto de inhumanidad. Y es que nuestro cuerpo y sus apacibles funciones se ven atravesados por el poder que tenemos de entregarnos a otra cosa y de darnos unos absolutos. Por lo demás no hay deseo que vaya solamente al cuerpo, y no busque fuera de él otro deseo o un consentimiento. Así estos dicen que se dirigen a la voluntad y tienen razón... Me da horror imaginar que se me da un cuerpo privado de afecto. El amor no es del cuerpo solamente puesto que se dirige hacia alguien, y tampoco es sólo del espíritu porque desea a ese alguien en su cuerpo. Cuando Montaigne habla del hombre la palabra que siempre tenemos en los labios es "extraño". O "absurdo". O "monstruo". O "milagro", ¡Qué monstruoso animal que tiene horror de sí mismo, a quien sus placeres pesan, que se cree maldito!

Descartes constatará brevemente la unión del alma y el cuerpo y preferirá pensarlos por separado porque así están claros para el entendimiento. La "mezcla" del alma y del cuerpo es por el contrario el dominio de Montaigne, no se interesa más que por nuestra condición real, y su libro describe exhaustivamente este hecho paradójico que somos nosotros. Es decir que piensa en la muerte, contrapartida de nuestra encarnación. De viaje, nunca se para en un sitio sin preguntarse que bien pudiera caer enfermo y morir tranquilamente. Siento que la muerte me atenaza continuamente la garganta o los riñones... Ha hablado muy bien contra la meditación de la muerte. Deforma y falla su objetivo, porque concierne sólo a la muerte lejana, y la muerte lejana es más dura, puesto que está en todas partes en nuestro porvenir, que la muerte presente, que avanza ante nuestros ojos en forma de acontecimiento. No se trata de corromper la vida por el pensamiento de la muerte. Lo que le interesa a Mou-

(4) "... Considerando... este rostro llameante de furor y de crueldad ante el más dulce efecto del amor, y luego esta faz de gravedad, severa y extática, en una acción tan loca... y que el supremo goce tenga algo de tránsito y quejumbroso como el dolor..."

taigne, no es lo patético de la muerte, su fealdad, los últimos suspiros, el aparato fúnebre, motivos habituales de los discursos sobre la muerte, imágenes de la muerte para uso de los vivos. *Estos no consideran la muerte en sí, no la juzgan: no paran su pensamiento en esto; corren, apuntan a un nuevo ser.* Los que escuchan los consuelos de un sacerdote, levantan los ojos y las manos al cielo, rezan en voz alta, *rehuyen la lucha, apartan de la muerte su consideración, como se distrae a un niño cuando se le quiere pinchar con la lanceta.* Montaigne quiere que nos demos cuenta del no-ser con una mirada seca, y que, conociendo la muerte completamente desnuda, conozcamos la vida también desnuda. La muerte es el *acto de un solo personaje.* Ella recorta en la masa confusa del ser esta zona particular que somos nosotros, pone en evidencia esta inagotable fuente de opiniones, de sueños y de pasiones que animaba secretamente el espectáculo del mundo, y así nos enseña mejor que cualquier otro episodio de la vida el azar que nos ha hecho existir y que nos hará desaparecer.

Cuando escribe: *Me estudio más que a otro sujeto. Es mi metafísica, es mi física,* hay que tomarlo al pie de la letra. Rechaza las explicaciones del hombre que pueden dar lugar a una metafísica o a una física, porque es el hombre el que “prueba” a los filósofos y las ciencias, y es él quien las explica y no ellas a él. Si por ejemplo quisiéramos aislar el espíritu y el cuerpo refiriéndolos a principios diferentes, haríamos desaparecer lo que debemos comprender: “el monstruo”, el “milagro”, el hombre. En conciencia, no se trata pues de resolver el problema del hombre, no se trata más que de describir al hombre como problema. De ahí viene esta idea de una investigación sin descubrimientos, de una caza sin presa, que no es el vicio de un diletante, sino el único método adecuado cuando se trata de describir al hombre. *El mundo no es más que una escuela de inquisición.* De ahí también la atención que presta al manar espontáneo de los pensamientos, a la espontaneidad de los sueños, que por momentos parece anticipar la manera de Proust (5), como si ya para él la única victoria sobre el tiempo fuera expresar el tiempo.

(5) “Me pasa como con los sueños. Soñando los recomiendo a mi memoria (pues a menudo sueño que sueño) pero a la mañana siguiente imagino bien cómo era su tonalidad, o alegre, o triste o extraño, pero cómo eran en lo demás; cuanto más me afano en descubrirlo, más me hundo en el olvido. Así también de estos discursos fortuitos que caen en mi fantasía, no me queda en la memoria más que una vana imagen”.

Con este arranque, atento a lo que de fortuito y de inacabado hay en el hombre, está en el polo opuesto de la religión, si es que la religión es una explicación y una clave del mundo. Aunque la ponga fuera de su búsqueda y de sus alcances, nada de lo que dice dispone a nadie a creer (6). Estamos *en medio de la miseria y la hediondez del mundo, ligados a la más muerta y putrefacta parte del universo*. El instinto de los animales es: más perfecto que nuestra razón. Nuestra religión es de costumbre: *somos cristianos al modo como somos lemosinos o alemanes*. La circuncisión, el ayuno, la cuaresma, la cruz, la confesión, el celibato de los sacerdotes, el uso de una lengua sagrada en el culto, la encarnación de Dios, el purgatorio, todos estos elementos del cristianismo se encuentran en las religiones paganas. En cada pueblo los milagros se fabrican ante nuestros ojos por la ignorancia y los rumores. Una leyenda platónica hace nacer a Sócrates de una virgen que recibió la visita de Apolo. Se buscaron y encontraron en Homero todos los oráculos y todas las predicciones que se necesitaban. La religión revelada no es en suma muy diferente de lo que la locura de los hombres hace aparecer en la tierra. Nos queda por saber si de todo esto hay que concluir, como a veces lo hace Montaigne, que las religiones bárbaras son ya inspiradas — o que la nuestra es todavía bárbara. ¿Cómo dudar de su respuesta cuando reprocha incluso a Sócrates sus *demonerías* y sus *éxtasis*? En moral como en el conocimiento, opone nuestra inherencia terrestre a toda relación sobrenatural. Podemos, dice, arrepentirnos de una acción, pero no nos arrepentimos de ser nosotros mismos, que es lo que habría que hacer según la religión. No existe nuevo nacimiento. No podemos anular nada de nosotros mismos: *habitualmente hago entero lo que hago y ando de una pieza*. Deja aparte el caso de algunos hombres que viven ya la eternidad, pero no está muy seguro y añade: *entre nosotros, hay dos cosas que siempre he visto que están especialmente de acuerdo: las opiniones super-celestes y las costumbres subterráneas*.

Lo único que guarda del cristianismo es el voto de ignorancia. ¿Por qué hay que suponer que hay hipocresía en los pasajes en que pone a la religión por encima de toda crítica?

(6) L. Brunschvicg ha reunido una serie de fragmentos muy convincentes que hacen alusión a esto. (*Descartes y Pascal lectores de Montaigne*, pp. 56-78).

La religión es válida por cuanto reserva un lugar para lo inexplicable y sabe que nuestra suerte es enigmática. Todas las soluciones que da del enigma son incompatibles con nuestra condición monstruosa. Está fundada como pregunta, a condición de quedar sin respuesta. Es uno de los modos de nuestra locura y nuestra locura es esencial para nosotros. Cuando se coloca en el centro del hombre, no al entendimiento contento de sí mismo, sino a una conciencia que se asombra de sí misma, no se puede anular el sueño de un envés de las cosas, ni reprimir la invocación sin palabras de este más allá. Lo que es seguro es que, aunque haya alguna Razón universal, no estamos en sus secretos, y no nos queda más que gobernar nuestra vida según nosotros mismos... *Me dejo manejar ignorantemente y negligentemente según la ley general del mundo. Sentirla, ya es bastante conocerla.* ¿Quién osaría reprocharnos que usemos de esta vida y de este mundo que forman nuestro horizonte?

Pero, si rechazamos la pasión religiosa, ¿no hay que rechazar también todas las demás? Montaigne habla a menudo de los estoicos, y con fervor. El, que escribió tauto contra la razón y demostró tan bien que en ningún caso podemos salir de la opinión para ver una idea frente a frente, recurre a la *semilla de la razón universal impresa en todo hombre no desnaturalizado*. Así como hay en él una invocación de un Dios desconocido, hay también la invocación a una razón imposible. Pero a pesar de que no tenemos nada enteramente “en nuestro poder”, a pesar de que no somos capaces de autonomía, ¿no podemos por lo menos apartarnos, construirnos un reducto de indiferencia, del que observemos nuestras acciones y nuestra vida como si fueran “papeles” sin importancia?

Todo esto se encuentra en Montaigne entre otras cosas. *Hay que prestarse a los demás y no entregarse más que a sí mismo.* El matrimonio por ejemplo es una institución que tiene sus leyes y sus condiciones de equilibrio. Sería una locura mezclar en él la pasión. El amor que *nos hace esclavos de otro* no es aceptable más que como ejercicio libre y voluntario. A veces ocurre incluso que Montaigne habla de ello como de una función corporal que tiene algo que ver exclusivamente con la higiene, y trata al cuerpo como si fuera un mecanismo con el que no tenemos porqué hacer causa común. Con más razón todavía incluirá al Estado entre el número de estos aparatos exteriores a los que nos encontramos sujetos por casualidad y de los que debemos usar según su ley sin poner en ellos nada de nuestra parte. La imaginación, el

prestigio reinan siempre en nuestras relaciones con los demás. Y mucho más todavía en la vida pública. Esta nos asocia a los que no hemos elegido, y a muchos imbéciles. Y, *es imposible pactar de buena fe con un tonto. La necedad es dueño tan vigoroso que no corrompe sólo mi juicio, sino también mi conciencia.* En la vida pública me vuelvo loco con los locos. Montaigne se da cuenta de que hay un maleficio en lo social: en lugar de sus pensamientos cada uno pone el reflejo de estos pensamientos en los ojos y en la boca de los demás. Ya no hay verdad, ya no hay acuerdo consigo mismo, dirá Pascal. Todos estamos alienados. Apartémonos. *El bien público requiere que se traicione, que se mienta y que se asesine; dejemos esta misión a gentes más obedientes y más flexibles.* Es verdad que uno no puede abstenerse siempre, que hay un consentimiento por nuestra parte, y que al fin y al cabo los hombres de Estado o un Príncipe son necesarios. ¿Qué pueden hacer? El príncipe tendrá que mentir, matar, engañar. Que lo haga, pero que sepa lo que hace, y que no disfrace el crimen de virtud. *¿Qué remedio hay? Ninguno; si verdaderamente se encontró ahogado entre los dos extremos, tenía que hacerlo; pero si no sintió hacerlo, si no le pesó, es que su conciencia está en malos términos.* ¿Y, los que miramos? Como dirá más tarde, no nos queda más que obedecer despreciando. Hay que despreciar puesto que el Estado está en contra de todo lo que cuenta en el mundo: contra la libertad, contra la conciencia. Pero hay que obedecer, porque esta locura es la ley de la vida para muchos y sería otra locura no tratar al Estado según sus leyes. Sin embargo Platón pone al filósofo en el gobierno, imagina un estado justo, se propone construirlo. Pero, *¿existe algún mal en una república que valga la pena de ser combatido con una droga tan mortal?... Platón... no consiente que se violente el reposo de su país para curarlo y no acepta el remedio que cuesta la sangre y la ruina de los ciudadanos, afirmando que el deber de un hombre de bien, en este caso, es el de marcharse...* Es absurdo querer gobernar con la razón una historia que está hecha de casualidades... *en mi tiempo he visto a las más discretas cabezas de este Reino reunidas, con gran ceremonia y gasto público, para tratados y acuerdos, cuya decisión verdadera dependía sin embargo con toda soberanía de los deseos del gabinete de las damas y de la inclinación de alguna mujercilla.* Nunca la previsión y las leyes podrán igualar la variedad de los casos; nunca la razón podrá pensar la vida pública. En un tiempo en el que se escinde en mil conceptos

y conflictos particulares, Montaigne no sospecha siquiera que se le pueda encontrar un sentido. No nos podemos reconciliar con el caos. Vivir en los asuntos públicos es vivir *a la manera de otro*. Montaigne se inclina evidentemente a vivir a su manera...

¿Es ésta sin embargo su última palabra? Ha hablado de otra forma algunas veces sobre el amor, la amistad, e incluso sobre la política. No es que simplemente se contradiga. Esto viene dado de que la división estoica de lo externo y lo interno, la necesidad y la libertad, es abstracta, o se destruye a sí misma, porque nosotros estamos indivisiblemente dentro y fuera. No podemos obedecer siempre si despreciamos, ni despreciar si obedecemos. Hay casos en que obedecer es aceptar, despreciar es rehusar, casos en los que la vida doble ya no es posible, en los que lo externo y lo interno ya no se distinguen. Tenemos que entrar entonces en la locura del mundo, y en estos momentos necesitamos una regla. Montaigne lo sabía, no se sustrajo a ello. ¿Por qué lo tenía que hacer? Había descrito la conciencia, incluso la solitaria, como algo mezclado ya con el absurdo y loca por principio. ¿Cómo le había de ordenar que permaneciera en sí si él piensa que está completamente fuera de sí? El estoicismo no puede ser más que un paso. Nos enseña a ser y a juzgar contra lo externo, pero no puede librarnos de él. Lo más personal de Montaigne está quizás en lo poco que nos ha dicho sobre las condiciones y los motivos de esta vuelta al mundo.

No se trata de obtener a toda costa una conclusión tranquilizadora, ni de olvidar al final lo que hayamos encontrado por el camino. De la duda vendrá la certidumbre. Más aún: la misma duda va a revelarse como certidumbre. Hay que medir pues su alcance. Repitamos que toda creencia es pasión, que no podemos creer más que si cesamos de pensar, que la sabiduría es una *resolución de irresolución*, que condena la amistad, el amor, la vida pública. Ya hemos vuelto a nosotros mismos. Pero también nos encontramos con el caos, con la muerte en el horizonte, emblema de todos los desórdenes. Apartado de los demás, apartado del mundo, incapaz de encontrarse en sí mismo, como el sabio estoico, y en una relación interior con Dios, el medio de justificar la comedia del mundo, el sabio Montaigne no tiene, pensamos, otro sostén que no sea esta vida que siente brotar locamente en él por

algún tiempo todavía, otro recurso más que la burla más general, otro motivo que no sea el desprecio de sí mismo y de todas las cosas. ¿Por qué no renunciar en este desorden? ¿Por qué no tomar modelo de los animales — los caballos que relinchan, los cisnes que mueren cantando —, por qué no reunirse con ellos en la inconsciencia? Lo mejor sería volver a la *seguridad pueril*, a la *ignorancia* de los animales. O inventar contra el sentimiento de la muerte, alguna religión de la naturaleza: *la extinción de una vida es el paso a mil vidas diferentes*.

Este movimiento se encuentra en Montaigne. Pero también se encuentra otro y con la misma frecuencia que éste. Pues, después de todo, si sabemos precisamente que cualquier tentativa de saber multiplica las cuestiones y oscurece lo que quiere aclarar, y que, por cada cabeza que le cortan a la Hidra de la ignorancia le crecen tres de nuevas, queda por explicar que existan opiniones, que primero hayamos creído estar en posesión de verdades, que tengamos necesidad de aprender la duda. *Yo sé mejor lo que es un hombre que lo que es animal o mortal o racional*. Descartes se acordará de estas palabras. Quiere decir que el movimiento y la irresolución del espíritu no son más que la mitad de la verdad. La otra mitad es lo asombroso que es que nuestra volubilidad se haya decidido, en cada instante, que se detenga aún ahora en unas apariencias que no soportan, como podemos demostrar, ningún examen, pero que por lo menos parecían verdad y nos han dado idea de ella. El pensamiento, cuando se interroga no acaba nunca de continuarse y de contradecirse, pero existe un pensamiento en acto que no es nada, y del que tenemos que rendir cuentas. La crítica del saber humano no lo destruye más que si guardamos la idea de un saber entero o absoluto; si por el contrario nos libra de él, entonces, siendo el único posible, se convierte en la medida de todas las cosas y el equivalente de un absoluto. La crítica de las pasiones no les quita su valor, siempre que muestre que nunca estamos en posesión de nosotros mismos y que la pasión somos nosotros. En este momento, las razones de duda se convierten en razones para creer, toda crítica no tiene otro efecto que el hacer que nuestras opiniones sean más apreciadas y también nuestras pasiones, haciéndonos ver que son nuestro único recurso, y que soñando otras cosas no llegamos a comprendernos a nosotros mismos. El punto fijo que necesitamos si queremos parar nuestra versatilidad, lo encontramos, no en una amarga religión de la naturaleza, en esta

sombría divinidad que multiplica por nada sus obras, sino en el hecho de que hay una opinión, de que hay una apariencia de verdadero y de bien. Encontrar de nuevo lo natural, la ingenuidad, la ignorancia, es volver a encontrar la gracia de las primeras certidumbres, en la duda que las rodea y que las hace visibles.

De hecho, Montaigne hizo algo más que dudar. Dudar es una acción, la duda no puede romper nuestra acción, nuestro hacer, que tiene razón contra ella. El mismo autor que quería vivir *a su manera* se dio cuenta de que somos lo que somos, entre otras cosas, a causa de los demás, y que su opinión nos alcanza en lo más hondo de nosotros. *Regresaría con gusto del otro mundo*, dice con rabia, *para desmentir al que me formara diferente de lo que he sido, aunque fuera para honrarme*. Su amistad con La Boétie fue exactamente de aquella clase de lazos que nos *hacen esclavos de otro*. Nunca pensó que podría conocerse mejor de lo que La Boétie le conocía, vivía ante sus ojos; después de su muerte, continúa: para conocerse como le conocía La Boétie, Montaigne se interroga y se estudia, *sólo él gozaba de mi verdadera imagen y se la llevó. Por esto ahora me descifro a mí mismo, con tanta curiosidad*. Baramente se ve un don tan completo. Lejos de que la amistad de La Boétie fuera un accidente en su vida, habría que decir que Montaigne y el autor de los *Ensayos* nacieron de esta amistad, y que en suma, existir, para él, es existir bajo la mirada de su amigo. Y es que el verdadero escepticismo es movimiento hacia la verdad, la crítica de las pasiones es odio de las falsas pasiones, y que en fin, en algunas circunstancias, Montaigne reconoció fuera de él hombres y cosas a los que ni siquiera pensó en rehusar su persona, porque eran como el emblema de su libertad exterior, porque amándolos era él mismo, porque se encontraba en ellos de la misma manera que los encontraba a ellos en sí mismo.

Incluso en el placer, del que Montaigne habla a veces como médico, no es cínico después de todo. *Es una locura ligar a él todos nuestros pensamientos y comprometerlos en él con un afecto furioso e indiscreto. Pero por otra parte, lanzarse al placer sin amor y sin obligación de voluntad, como hacen los actores, para representar un papel de acuerdo con la edad y la costumbre y no poner en él nada de sí mismo a no ser palabras, es con toda certeza mirar por la seguridad propia, pero muy cobardemente, como aquel que abandona su honor o su provecho o su placer por miedo al peligro; pues*

es totalmente cierto que los que llevan a cabo una tal práctica, no pueden esperar de ella ningún fruto que pueda emocionar o satisfacer a un alma elevada. Montaigne, viejo ya, dice que el éxito en la seducción depende del momento elegido. Pero, ¿qué prueba esta tardía sabiduría? Cuando era joven y estaba enamorado nunca condujo sus amores como si fueran batallas, de acuerdo con una táctica. A menudo me ha fallado la suerte, pero a veces también el coraje; ¡Dios guarde de todo mal al que todavía puede reírse de ello! En este siglo es necesaria más temeridad, que nuestros jóvenes excusan diciendo que es ardor; pero si lo observaran de cerca, se darían cuenta de que esta temeridad no viene del ardor, sino más bien del desprecio. Yo tenía miedo supersticiosamente de ofender, y tiendo a respetar lo que amo. Además, en esta mercancía, despojarla de reverencia es despojarla también de todo atractivo. Me gusta que uno se porte en esto un poco como un niño, que se haga el temeroso y el servidor. Si no es en esto exactamente, me quedan restos de la vergüenza tonta de la que habla Plutarco y el curso de mi vida se ha visto herido y manchado por ella... Soy tan débil para soportar una negativa como para rehusar algo; y me apena tanto apenar a alguien, que, en las ocasiones en las que el deber me fuerza a probar la voluntad de alguien en algún asunto dudoso y arduo lo hago sin fuerza y a pesar mío... Estamos ante un cínico muy tierno. La suerte hizo que no amara de amor como amó de amistad, pero él no tiene la culpa.

Entró en el dominio fantástico de la vida pública; no rehusó. No me gusta que nadie rehuse las cargas que toma, los pasos, las palabras, y el sudor y la sangre si fueran necesarios. El pueblo le eligió alcalde varias veces. Le deseo todo el bien posible, y si se hubiera presentado la ocasión, no hay nada que hubiera dejado de hacer para su servicio. He hecho todo lo que he podido por él como hago por mí. ¿Cómo hizo para vivir una vida pública siendo que estaba tan asqueado de dominio tanto activo como pasivo? Obedece sin que le guste la obediencia y manda sin que le guste mandar. No querría ser príncipe. El príncipe está solo. No es un hombre, puesto que no se le puede discutir nada. No vive, duerme, puesto que todo cede ante él. Pero la pasión de obedecer es fea también, e inútil: ¿cómo se puede juzgar digno al que se entrega en cuerpo y alma? Capaz de darse sin condiciones, es también capaz de cambiar de dueño. Sí, hay que tomar partido, y llegar hasta el final de las consecuencias, pero

las ocasiones justas no son tan frecuentes como se cree y no hay que elegir con demasiada alegría, pues en este caso ya no nos gusta la causa sino la secta. *No estoy sujeto a estos prejuicios y compromisos penetrantes e íntimos; la cólera y el odio están más allá del deber de justicia y son pasiones que sirven sólo a los que no pueden mantenerse fieles a su deber por simple razón... no hay que llamar deber (como hacemos todos los días) a una acritud y aspereza intestinal que nace del interés y pasión particular; ni valentía a una conducta maliciosa y traicionera. Llamen celo a su propensión a la malignidad y violencia; no es la causa la que les enardece, es su interés; encienden la guerra, no porque sea justa, sino porque es guerra. Cuando mi voluntad se da a un partido, no es con obligación tan violenta que infecte a mi entendimiento. Se puede servir a un partido y juzgar durante lo que se hace en él, hallar inteligencia y honor en el enemigo, en fin continuar viviendo en lo social. He podido mezclarme en los asuntos públicos sin apartarme de mí mismo el grosor de una uña, y darme a los demás sin quitarme a mí mismo. Quizás haya quien diga que estas reglas forman a los francotiradores y no a los soldados. Es verdad y Montaigne lo sabe. Puede durante algún tiempo y lúcidamente obligarse a mentir, no hará de esto su costumbre y su vida. Quien se quiera servir de mí según mis posibilidades, que me encargue asuntos en los que sean necesarios el rigor y la libertad, que se puedan realizar de una manera franca y corta, y aún casual, si así es podré ser de alguna utilidad. Si hay que realizarlos de una manera larga, sutil, laboriosa, artificial y tortuosa, hará mejor dirigiéndose a otro. Quizás en todo esto haya un poco de desprecio. Pero quizás Montaigne quiere decir también algo más. Planteamos los problemas como si fueran universales, como si al escoger el nuestro escogiéramos también el de todos los hombres. ¿Y si se tratara de un prejuicio? Siendo lo que es, Montaigne no será nunca hombre de partido. No hacemos bien más que aquello que hacemos con gusto. No es necesario que se esfuerce. Puede servir más y mejor fuera de las filas. ¿No es nada esta consideración que se otorgaba a sus palabras, porque sabían que no mentía ni se halagaba? ¿Y, no ha realizado mucho mejor su labor, precisamente porque no se tomaba demasiado interés en ello?*

Las pasiones parece que son la muerte del yo, puesto que lo sacan de quicio, y Montaigne se sentía amenazado por ellas como por la muerte. Trata de describirnos ahora lo que desde entonces se han llamado *pasiones libres*: Al darse

cuenta de que lo que ama está en juego, confirma resueltamente el movimiento que lo llevaba a extrovertirse; entra en el juego humano. En contacto con esta libertad y esta valentía, las pasiones humanas e incluso la muerte se transforman. No, no es la meditación de la muerte lo que supera la muerte: los buenos argumentos son *los que hacen que mueran un campesino y pueblos enteros con la misma constancia que un filósofo* y se reducen a uno solo: estamos vivos, aquí es donde tenemos algo que hacer, y lo que tenemos que hacer es siempre lo mismo siempre que nos quede un soplo de vida. La meditación de la muerte es hipócrita porque es una manera triste de vivir. En el movimiento que le empuja hacia las cosas, y precisamente porque ha mostrado lo arbitrario y lo peligroso de este movimiento, Montaigne descubre el remedio contra la muerte. *Estoy muy seguro de que es el término y no el fin de la vida; es su final, su extremidad, no su objeto. Ella debe ser por sí misma su punto de mira, su objetivo; su estudio acertado es amoldarse, dirigirse, soportarse. En el número de los numerosos y diferentes oficios que comprende este general y principal capítulo está este artículo que es el de saber morir; y sería uno de los más ligeros, si nuestro temor no lo hiciera pesado.* El remedio contra la muerte y las demás pasiones no consiste en apartarse de ellas, sino por el contrario en ir más allá cuando todo nos lleva a ellas. ¿Qué los demás amenazan nuestra libertad? Pero *hay que vivir entre los vivos*. ¿Qué corremos el peligro de la esclavitud? Pero no hay verdadera libertad sin riesgo. ¿Qué la acción y los compromisos nos desazonan? Pero *la vida es un movimiento material y corporal, acción imperfecta y no sujeta a reglas por esencia propia; me dedico a servirla según lo que ella es*. No tiene sentido maldecir nuestra condición: el mal y el bien no se encuentran más que en nuestra vida.

Montaigne cuenta que los médicos le habían aconsejado que se vendara con una servilleta, cuando iba en barco, para evitar el mareo. *No traté ni siquiera de hacer esto, ya que tengo por costumbre combatir los defectos que están en mí y domarlos por mí mismo*. Toda su moral reside en un movimiento de altivez por el cual decide dominar su vida azarosa, puesto que nada tiene sentido, si no está en ella. Después de este apartamiento de sí mismo, todo le parece bueno de nuevo. Decía que *preferiría morir a caballo que en su cama*. No es que contara para ayudarle con la cólera del guerrero, es que encontraba en las cosas, al mismo tiempo que una amenaza, un viático. Vio el lazo ambiguo que le ataba a ellas. Vio

que no hay razón que nos obligue a elegir entre uno mismo, y las cosas. El yo no es *serio*, no le gusta atarse. Pero, *¿hay algo tan seguro, resuelto, desdeñoso, contemplativo, grave, serio como el asno?* Es la libertad sin condiciones lo que nos hace capaces de compromiso absoluto. Montaigne dice de sí mismo: *he sido tan parco en prometer que pienso que he cumplido más que lo que he prometido o debido.* Buscó y quizás encontró el secreto de ser al mismo tiempo irónico y grave, libre y fiel.